

En esta era veloz eludimos detenernos ante una imagen fija. Requiere resistir. Hay cierto miedo a que nos penetre aquello que nos llegaría en la comunión con los ojos del otro. Los rostros enigmáticos de las grandes obras de Marta Fàbregas nos interpelan. Nos adentran en la historia imaginaria de una vida. Y esas resonancias nos transportan, inevitablemente, a un mundo ignoto. El velo que nos separa por unos instantes se rasga y entonces, de manera fugaz, vemos el misterio: ellas, **re-veladas**. Verdades eternas en la raza de las mujeres, hijas de Eva, de Lilith o de Pandora. El arte es un juego de espejos a través del tiempo.

La artista, guiada por un instinto delicado, encaja los fragmentos sensibles de cada yo. Compone la obra con recortes color sepia unidos con oficio paciente. Trabaja las pátinas buscando el color de los sueños. Salpica superficies bajo el compás del azar. Atmosferas irregulares cubren los personajes de cicatrices poéticas sobre pieles puras. El papel muestra un desgaste, de epidermis y de vida. Cada entorno desprende un silencio que dice. Alcanzamos ese lugar donde no llegan las palabras. Quedan **reveladas** las imágenes y las esencias.

Todas son figuras femeninas, solitarias, aisladas. Juntas conforman una galería de protagonistas únicas en una obra coral. Vienen de otros tiempos, otras tierras, otros ritos. Intuimos desiertos ardientes, aromas de especias, ciudades amuralladas, bosques de bambú. Sus pasados remotos se hacen presentes cuando se las observa. Emergen de espacios vacíos sin rastros ni coordenadas. Engalanadas con los ornamentos de los suyos. Dignas, elegantes, herederas, supervivientes de una estirpe. Eslabones de una cadena infinita. Entre luces doradas y oscuridades ocultas, se atisban chispazos de alma y heridas comunes de los cinco continentes. El cuerpo como casa, la carne como tierra, la mujer como templo en territorios sagrados. Desde su recuadro distante y próximo a la vez, **reBeladas**, por lo que son y por lo que encarnan.

Mireia Rosich